

Homilías Domingo 23 Tiempo Ordinario Ciclo (B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos

En aquel tiempo, dejando Jesús el territorio de Tiro, pasó por Sidón, camino del lago de Galilea, atravesando la Decápolis.

Y le presentaron un sordo, que, además, apenas podía hablar; y le piden que le imponga las manos.

Él, apartándolo de la gente a un lado, le metió los dedos en los oídos y con la saliva le tocó la lengua.

Y mirando al cielo, suspiró y le dijo:

-Effetá. (Esto es: "Abrete").

Y al momento se le abrieron los oídos, se le soltó la traba de la lengua y hablaba sin dificultad.

Él les mandó que no lo dijeran a nadie; pero, cuanto más se lo mandaba, con más insistencia lo proclamaban ellos. Y en el colmo del asombro decían:

- Todo lo ha hecho bien: hace oír a los sordos y hablar a los mudos.

Palabra del Señor.

Homilías

(A)

Un sordo y mudo. Y sin nombre. ¿Un hombre resignado a su soledad? Porque en realidad no es él quien acude a Jesús, sencillamente otros lo presentan.

Un hombre que ha pasado toda su vida encerrado en su soledad.

Porque:

¿Hay mayor soledad que no escuchar a nadie?

¿Hay mayor soledad que no comunicarse con nadie?

“Sólo hay un sufrimiento y es el estar solo”, escribía el filósofo

G.Marcel. La soledad no es el único sufrimiento. Pero sí el que, tal vez, más hondo toque el corazón del ser humano.

Hemos sido creados para la comunicación y por eso se nos han dado dos orejas para “escuchar a los demás” y una lengua para “comunicarnos con los demás”.

Alguien sintió compasión del pobre sordo y mudo. Y lo llevaron a Jesús. Es cierto que el relato evangélico tiene una connotación bautismal. Pero también una connotación profundamente humana.

Una connotación bautismal, ya que por el bautismo recibimos el don y la capacidad de relacionarnos con Dios escuchando su Palabra. Y también la capacidad de poder comunicarnos con él en la oración. El nuevo ser bautismal está dotado también de la capacidad de “escucha” y de la capacidad de “hablar, orar”.

La sordera y la mudez bautismal nos pueden crear la soledad del corazón humano en su relación con Dios. Una de las frases que más suena en la Biblia es “escucha, Israel, El que “no escucha mis palabras”. La soledad de Dios es sentir a Dios lejano de nosotros y a nosotros lejanos de Dios. Es decir, el sufrimiento de la soledad del hombre encerrado sobre sí mismo y sin ventanas al infinito.

El cristianismo es la religión del “libro”, pero es sobre todo, la religión “de la Palabra”. El nuevo ser bautismal es también un ser en relación. Relación humana, sí, pero relación también con Dios.

Una connotación humana. Nuestra naturaleza humana es de comunicación y de comunión. La comunicación del que escucha y la comunicación del que habla y se hace escuchar. La comunicación de poder expresarse a sí mismo y decirse a sí mismo a los demás. No es tanto la soledad de no tener a nadie a su lado, sino la soledad de no escuchar a nadie en nuestro corazón ni poder hacernos sentir vivos en el corazón de los demás.

El escuchar:

Con el oído escuchamos el primer gemido de nuestros hijos.
Con el oído escuchamos sus primeras palabras: “mamá”, “papá”.
Con el oído escuchamos el canto de las aves.
Con el oído escuchamos el saludo del amigo.
Con el oído escuchamos las primeras palabras de amor: “te amo”.
Con el oído escuchamos la voz de los que nos rodean.
Con el oído escuchamos la música de nuestros CDs.
Con el oído escuchamos la llamada del que nos necesita.
Con el oído escuchamos el dolor de los enfermos.
Con el oído escuchamos la soledad de los ancianos.
Con el oído escuchamos las palabras de los hombres.
Con el oído escuchamos la Palabra de Dios.
Con el oído escuchamos las palabras de perdón.
Con el oído escuchamos el grito del herido.
Con el oído escuchamos el reclamo de los nuestros.
Con el oído escuchamos el timbre del teléfono.
Con el oído escuchamos al que llama a nuestra puerta.
Con el oído me están escuchando ustedes hoy.

¿Y el hablar?

La lengua nos sirve para hablar y comunicarnos.
La lengua nos sirve para llamar al que está lejos y charlar con el que está cerca.
La lengua nos sirve para expresar nuestro amor al otro.
La lengua nos sirve para compartir nuestros sentimientos, afectos, alegrías, tristezas.
La lengua nos sirve para hablar bien de los demás.
La lengua nos sirve para alabar a Dios.
La lengua nos sirve para rezar.
La lengua nos sirve para bendecir a Dios.
La lengua nos sirve para proclamar la Palabra de Dios.
La lengua nos sirve para declarar nuestro perdón al hermano.

La lengua nos sirve para confesar nuestros pecados.
La lengua nos sirve para cantar.
La lengua nos sirve para decir la verdad.
La lengua nos sirve para canturrear y hace dormir a los niños.
La lengua nos sirve para gritar nuestro dolor y nuestra esperanza.

Sólo así podemos entender ese “sufrimiento de la soledad”:
De los esposos que no se escuchan ni se hablan.
De los hijos a quienes nadie tiene tiempo de escuchar.
De los enfermos que no tienen con quien hablar y quien los escuche.
De los ancianos que viven condenados a la soledad de sus años y sus achaques.

(B)

El mal de la sordera

En realidad, más que un problema para el otorrino es un problema para el cardiólogo. Al fin y al cabo, todos escuchamos más con el corazón que con las orejas.

Sordo, por ejemplo, es:

El que no escucha los problemas de los demás, porque no le interesan.

El que no escucha el dolor de unos padres que están abandonados y sin cariño...

Como aquel anciano que un día se desahogaba con un sacerdote diciéndole:

“De niño sufrí mucho. La pobreza era nuestra casa y el frío nuestro mejor vestido. Como tantos otros debí emigrar de mi terruño y llegué a la capital que ni me miró a la cara cuando llegue. Me sentí totalmente perdido. Poco a poco me fui

abriendo camino, levantándome temprano y acostándome cuando podía.

Cuando tuve mis tres hijos no quise que ellos repitieran mi vida. Haría lo que fuese necesario para que ellos estudiaran y llegaran a ser personas. Yo no los quería ver arrastrados y sucios. Los tres hicieron carrera. Hoy son profesionales. Siempre soñé con ellos pero ¡qué dura es la vida, Padre! Ahora que ellos tienen con qué vivir y cómo vivir, casi no saben que su padre existe. No me visitan. Yo creo que se sienten humillados si vienen a mi casita humilde. Por mi cumpleaños ni me llaman. A lo más una llamada de lejos, un cómo estás, en el Día del Padre.

No. Yo no les estoy pidiendo que me sostengan. Si los he podido sacar adelante, también podré salir yo solo pero ¡es el detalle! Padre. ¡Es el detalle! Mi mujer murió hace unos siete años. Desde entonces estoy solo, teniendo tres hijos. ¡Sólo! No me costaría tanto si no supiese que ellos existen, pero saber que están ahí y no se ocupan de su padre, eso duele y mucho. Mis soledades se quedan conmigo. Mis lágrimas me las tengo que sorber a solas. No. No les acuso. Deseo que triunfen en la vida. Aunque sea sin la presencia de su padre. No importa. Me han costado demasiado como para que ahora les pida de las migajas de su mesa. Pero duele, Padre. Duele”.

No.

No siempre la sordera es una enfermedad del cuerpo.

Son muchos más los sordos del corazón y del espíritu.

(C)

El evangelio que acabamos de escuchar nos recuerda un milagro de Jesús: cura a un sordomudo; una persona que apenas podía comunicarse con los demás.

Pero Jesús le tiende su mano cariñosa, le cura y le facilita esa relación con los que le rodean.

También nosotros, a pesar de poder oír y hablar, corremos el peligro de vivir solos, aislados en esta sociedad.

La soledad se ha convertido en una de las plagas más graves de nuestra sociedad.

El contacto humano se ha enfriado en muchos ámbitos de nuestra sociedad. La gente no se siente demasiado responsable de los demás. Cada uno vive su mundo. No es fácil el regalo de la verdadera amistad.

Hay quienes han perdido la capacidad de llegar a un encuentro cálido, cordial, sincero. Se sienten demasiado extraños a los demás.

No son ya capaces de entender y amar sinceramente a nadie, y no se sienten comprendidos ni amados por nadie.

Quizás se relacionan cada día con mucha gente. Pero en realidad no se encuentran con nadie. Viven aislados. Con el corazón bloqueado. Cerrados a Dios y cerrados a los demás, son como "sordomudos".

Cuántos hombres y mujeres necesitan hoy escuchar las palabras de Jesús al sordomudo: «Ábrete». No es casualidad que se narren en los evangelios tantas curaciones de ciegos y sordos. Son una invitación a que abramos nuestros ojos y nuestros oídos para acoger el evangelio de Jesús y la salvación que se nos ofrece desde Dios.

También a nosotros se nos hace una invitación a abrirnos. Sin duda, las causas de la incomunicación, el aislamiento y la soledad creciente entre nosotros son muy diversas. Pero, casi siempre tienen su raíz en nuestro egoísmo.

Cuando actuamos egoístamente, nos alejamos de los demás, nos separamos de la vida y nos encerramos en nosotros mismos. Queriendo defender nuestra propia libertad e independencia con celo exagerado, caemos en un aislamiento y soledad cada vez mayor.

Tenemos que aprender, sin duda, nuevas técnicas de comunicación en la sociedad moderna. Pero debemos aprender

antes que nada a abrirnos a la amistad y al amor verdadero. Tenemos que ser solidarios.

El egoísmo, la desconfianza y la insolidaridad son también hoy lo que más nos separa y aísla a unos de otros. Por ello la conversión al amor es camino indispensable para escapar de la soledad.

El que se abre al amor al Padre y a los hermanos, no está solo.

El que escucha la Palabra de Dios y tiende su mano cariñosa al hermano, no está solo.

Es lo que nos enseña Jesús en este evangelio de hoy.

(D)

Epidemia de soledad

Dice un escritor, que "sólo hay un sufrimiento y es el estar solo". La afirmación podrá parecer exagerada, pero lo cierto es que, para muchos hombres y mujeres de hoy, la soledad es el mayor problema de su existencia.

Aparentemente, el hombre actual está mejor comunicado que nunca con sus semejantes y con la realidad entera. Los medios de comunicación se han multiplicado de manera insospechada. El teléfono permite mantener una conversación con las personas más distantes. El televisor introduce hasta nuestro hogar imágenes de todo el mundo. El transitar ha terminado con el aislamiento.

Por otra parte, se impone lo público sobre lo privado. Se habla de asociaciones de todo tipo, círculos sociales, relaciones públicas, encuentros.

Pero todo ello no impide que una soledad indefinida, difusa y triste se vaya apoderando de muchos hombres y mujeres. Hogares donde las personas se soportan con indiferencia o agresividad creciente. Niños que no conocen el cariño y la ternura. Jóvenes que descubren con amargura que el encuentro

sexual puede encubrir un egoísmo engañoso. Amantes que se sienten cada vez más solos después del amor. Amistades que quedan reducidas a cálculos e intereses inconfesables.

El hombre actual va descubriendo poco a poco que la soledad no es necesariamente el resultado de una falta de contacto con las personas. Antes que eso, la soledad puede ser una enfermedad del corazón. Si mi vida es un desierto, el mundo entero es un desierto, aunque esté poblado de toda clase de gentes.

Sin duda, son muchos los factores que pueden llevar a una persona a ese aislamiento interior que se expresa en frases cada vez más oídas entre nosotros: «Nadie se interesa por mí». «No creo en nadie». «Que me dejen solo. No quiero saber nada de nadie».

Pero para superar el aislamiento, es necesario abrirse de nuevo a la vida. Aceptarse a sí mismo con sencillez y verdad. Escuchar de nuevo el sufrimiento y la alegría de los demás. Romper el círculo obsesivo de «mis problemas». Recuperar la confianza en los gestos amistosos de los otros por muy limitados y pobres que nos puedan parecer.

La fe no es un remedio terapéutico que pueda prevenir o curar la soledad. El creyente está sometido, como cualquier otro, a las tensiones de la vida moderna y las dificultades de la relación personal.

Pero puede encontrar en su fe una luz, una fuerza, un sentido, una energía para superar el aislamiento, la soledad y la incomunicación. Como aquel hombre sordo y mudo, incapaz de comunicarse, que escuchó, un día la palabra curadora de Jesús: «Ábrete».

(E)

Escuchar la vida.

Son muchos los hombres y mujeres que se sienten incapaces de entablar un verdadero diálogo con su Creador. No saben escuchar a Dios y no saben hablarle. Se diría que son "sordomudos" ante Él.

Muchos de ellos no conocen lo que puede ser una experiencia interior. Han olvidado totalmente los caminos que los podrían adentrar en su propio espíritu y en el encuentro con Dios.

Otros siguen cumpliendo algunas prácticas religiosas. Escuchan predicaciones y lecturas sagradas, sus labios se mueven para entonar cantos o recitar oraciones, pero salen del templo sin haber dialogado con nadie en el fondo de su corazón.

Incapaces de comunicarnos con Dios, ¿cómo escuchar hoy esa llamada de Jesús al sordomudo de la Decápolis. "Abrete". ¿Cómo abrir nuestros oídos y nuestros labios para dialogar con Dios?

Cuenta Tony de Mello en uno de sus escritos ese delicioso relato:- Un pez joven e inexperto acudió a otro más viejo y con más experiencia y le preguntó: "Dígame. ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano? He andado buscándolo por todas partes sin resultado".

El viejo pez le respondió: "El Océano es precisamente donde estás tú ahora mismo". El joven pez se marchó decepcionado: "¿Esto? Pero si esto no es más que agua.. Lo que yo busco es el Océano".

Para encontrar a Dios no hay que recorrer largos caminos. Basta detenerse, cerrar los ojos, entrar en nuestro corazón y escuchar la vida que hay en nosotros mismos. Ahí, donde estamos ahora mismo, está Dios rodeándonos y penetrándonos de vida.

Yo no hago absolutamente nada y, sin embargo, mi corazón palpita, la sangre corre por mis arterias, mi organismo respira. Una fuerza oculta recorre todo mi ser. No soy yo quien hace algo para vivir. Segundo a segundo voy recibiendo la vida como un regalo misterioso.

Solemos decir: "Estoy respirando" pero, en realidad, no es así. Yo no estoy respirando. La respiración está sucediendo en mí. Cuando un niño recién nacido respira por vez primera ni siquiera sabe que existe el mecanismo de la respiración, sus pulmones jamás han funcionado hasta entonces. Y sin embargo la respiración llega y el milagro comienza.

Desgraciadamente también entre los hombres hay quienes "sólo ven agua y no descubren jamás el Océano". Viven sin escuchar el misterio de la vida que los rodea y los sostiene.

Si un día se detienen a escucharla, aunque sea de manera todavía inicial y débil, no les será tan difícil abrirse a un diálogo amistoso con el Creador de la vida.

(F)

COMUNICARSE

Hay muchas clases de soledad. Algunos viven forzosamente solos. Otros buscan la soledad porque desean «independencia», no quieren estar «atados» por nada ni por nadie. Otros se sienten marginados, no tienen a quien confiar su vida, nadie espera nada de ellos. Algunos viven en compañía de muchas personas, pero se sienten solos e incomprensidos. Otros viven metidos en mil actividades, sin tiempo para experimentar la soledad en que se encuentran.

Pero la soledad más profunda se da cuando falta la comunicación. Cuando la persona no acierta ya a comunicarse, cuando en una familia no une casi nada, cuando las personas solo se hablan superficialmente, cuando el individuo se aísla y rehuye todo encuentro verdadero con los demás.

La falta de comunicación puede deberse a muchas causas. Pero hay, sobre todo, una actitud que impide de raíz toda comunicación porque hunde a la persona en el aislamiento. Es el temor a confiar en los demás, el retraimiento, la huida, el irse

distanciando poco a poco de los demás para encerrarse dentro de uno mismo.

Este retraimiento impide crecer. La persona «se aparta» de la vida. Vive como «encogida». No toma parte en la vida porque se niega a la comunicación. Su ser queda como congelado, sin expansionarse, sin desarrollar sus verdaderas posibilidades.

La persona retraída no puede profundizar en la vida, no puede tampoco saborearla. No conoce el gozo del encuentro, de la comunicación, del disfrute compartido. Intenta «hacer su vida», una vida que ni es suya ni es vida.

Cuanto más fomenta la soledad, la persona «se aísla» a niveles cada vez más profundos y se va incapacitando interiormente para todo encuentro. Llega un momento en que no acierta a comunicarse consigo misma ni con Dios. No tiene acceso a su mundo interior, no busca su verdadera identidad personal ni sabe abrirse confiadamente al amor de Dios. Su vida se puebla de fantasmas y problemas irreales.

La fe es siempre llamada a la comunicación y la apertura. El retraimiento y la incomunicación impiden su crecimiento. Es significativa la insistencia de los evangelios en destacar la actividad sanadora de Jesús que hacía «oír a los sordos y hablar a los mudos», abriendo a las personas a la comunicación, la confianza en Dios y el amor fraterno.

El primer paso que necesitan dar algunas personas para reanimar su vida y despertar su fe es abrirse con más confianza a Dios y a los demás. Escuchar interiormente las palabras de Jesús al sordomudo: **«Effeta», es decir, «Ábrete».**

(G)

ABRIRSE A LA VIDA

A. Camus ha descrito como pocos el vacío de la vida monótona de cada día. Escribe así en el mito de Sísifo: *«Resulta que todos los decorados se vienen abajo. Levantarse, tranvía,*

cuatro horas de oficina o de taller, comida, tranvía, cuatro horas de trabajo, descanso, dormir y el lunes-martes-miércoles-jueves-viernes-sábado, siempre el mismo ritmo, siguiendo el mismo camino de siempre. Un día surge el "porqué" y todo vuelve a comenzar en medio de ese cansancio teñido de admiración».

Desvanecido el espejismo de las vacaciones, es fácil que más de uno sintonice con los sentimientos del escritor francés. A veces es la vida monótona de cada día la que nos plantea en toda su crudeza los interrogantes más hondos de nuestro ser: «Todo esto, ¿para qué? ¿Por qué vivo? ¿Vale la pena vivir así? ¿Tiene sentido esta vida?»

El riesgo es siempre la huida. Encerrarse en la ocupación de cada día sin más. Vivir sin interioridad. Caminar sin brújula. No reflexionar. Arrastrarse sin esperanza. Perder incluso la sed, el deseo de vivir con más hondura.

No es tan difícil vivir así. Basta hacer lo que hacen casi todos. Seguir la corriente. Vivir de manera mecánica. Sustituir las exigencias más radicales del corazón por toda clase de «necesidades» superfluas. No escuchar ninguna otra voz. Permanecer sordos a cualquier llamada profunda.

El relato de la curación del sordomudo (Mc 7, 31-37), redactado según un esquema catequético bien conocido, es una llamada a la apertura y la comunicación. Aquel hombre sordo y mudo, encerrado en sí mismo, incapaz de salir de su aislamiento, deja que Jesús trabaje sus oídos y su lengua. La palabra del Profeta resuena como un imperativo de contornos universales: **«Ábrete».**

Cuando no escucha los anhelos más humanos de su corazón, cuando no se abre al amor, cuando, en definitiva, se cierra al Misterio último que los creyentes llamamos «Dios», la persona se separa de la vida, se cierra a la gracia y ciega las fuentes que le harían vivir.

(H)

Santiago, no el Mayor, no el Patrón de España, sino el Menor, el que era pariente de Jesús, en la segunda lectura de hoy se queja de que, en las reuniones litúrgicas, al que iba bien vestido se le decía: «Por favor, siéntate aquí en el puesto reservado» (Sant 2,3); en cambio, que al pobre andrajoso se le hablaba de esta manera: «Estáte ahí de pie o siéntate en el suelo» (Sant 2,3).

Esta es la historia que, de una u otra manera, se repite a través de los siglos, en un mundo donde nada son los que nada tienen.

Así contaba un misionero: «Una mañana llaman a mi puerta. Es una muchacha de 19 años, con expresión de dolor. Me enseña un papel en el que hay escrito: Una serpiente me ha mordido en la pierna derecha.

Sin perder tiempo subimos al coche. Me voy en busca de una religiosa enfermera. Esta le hace un vendaje para ir a la consulta médica, a unos 15 km. Al llegar, el médico no está. Cogemos de nuevo el coche y nos dirigimos a otro dispensario, ahora ya a 30 km. Pero allí tampoco estaba el médico. La joven iba perdiendo el conocimiento y fuerzas.

Al damos cuenta de la gravedad, tomamos la resolución de buscar ayuda en una pequeña ciudad para blancos. Otra vez al coche y más carretera. El médico confirma que ha sido mordida por una serpiente y le inyecta un tranquilizante. Lo grave del caso es que la joven se estaba muriendo porque el veneno de la serpiente "Mambo" es muy fuerte. No obstante, el médico no quiso inyectarle el antídoto porque el hospital era para blancos y la muchacha era negra.

Sentí que me hervía la sangre cuando el médico nos dijo a la religiosa y a mí que debíamos llevarla al hospital para negros, a una distancia de 36 km.

Conduje a gran velocidad. La religiosa me decía: corre, corre, que se está muriendo.

En el servicio de urgencias del hospital para negros tuve que hacer de camillero; celador, enfermero y casi de médico. Gracias a Dios, la joven de 19 años salvó la vida y ahora vuelve a trabajar.

Aquella noche sentí una gran indignación por la discriminación existente incluso en momentos de la mayor gravedad, pero, al mismo tiempo, una gran alegría en el alma por haber ayudado a salvar una vida».

Hermanos: los pobres son muy despreciados; por eso Jesús, para decirles que no estaban solos y que no estaban abandonados de Dios, para decirles que Él estaba a su lado, llevó una vida pobre, desde que nació en un establo hasta que fue enterrado en un sepulcro, que no era suyo, era prestado.

Los pobres son los predilectos de Cristo. Cristo está siempre en el prójimo para que podamos verlo y servirlo, pero nuestras mejores atenciones para Cristo serán las que tengamos con los pobres, sobre todo con aquellos que no pueden pagar favores con favores.

Cristo pagará estas atenciones haciendo que sintamos una gran alegría en el alma y dándonos la vida eterna.

P. Juan Jáuregui Castelo